

usted que he sido concejal reelegido y que me he presentado cuatro veces candidato a la Diputación a Cortes, siendo ésta la primera vez que no me despojan del acta.

—¿Cuál es su significación política?

—Siempre he sido republicano y socialista, porque estimo que sólo en esas maneras de gobierno puede hallar España su mejoramiento material y cultural. Amigo de Lerroux, soy un convencido de su política, y si dejara de ser amigo personal de él, seguiría siendo republicano-radical-socialista, que esta, en realidad, es la verdadera definición de mi pensamiento político.

Y aunque algo más, de tanto interés como lo expuesto, nos dijo el Sr. Moreno Mendoza, la falta de espacio nos obliga a dar por terminada esta información.

Miguel España

COSAS DE LA SEMANA

¡Treinta y cinco atropellos de automóvil!...

¡Cuarenta y tantos banquetes de honor!...

¡He aquí la «cifra de mortalidad» correspondiente a la pasada semana!...

Por lo visto no hay escape.

El ciudadano que no sucumbe bajo la rueda automática del *auto*, parece ante la rueda de merluza «a la vinagreta».

**

Con motivo de discutirse el acta de Vich, el Sr. Beltrán y Musitu interpelló al Gobierno sobre política electoral.

El momento ha estado muy bien elegido.

Si no se habla del *embuchado* al tratarse de Vich, ¿cuándo?...

**

¿Han visto ustedes la cara del Raisuli?...

Y ¿qué les parece a ustedes?...

A mí, y que me perdone nuestro nuevo y flamante amigo, me ha parecido la de uno de esos señores que *solicitan*, por esos caminos, «la bolsa o la vida».

Y eso mismo ha debido parecerle a nuestro Gobierno, que le ha dado la *bolsa* por no seguir dándole la *vida*.

La vida de nuestros soldados.

**

Por supuesto que la guerra marroquí no terminará con estos tratos.

Pero por lo menos, y mientras le dure la *guita* al moro, habrá un descanso.

Tres o cuatro meses de «parada y Fondak».

**

Los diputados regionalistas catalanes esperan sacarle a es e Gobierno dos cosas. La autonomía administrativa de Cataluña y el empleo del idioma catalán en los actos oficiales.

Y están muy contentos y confiados.

Porque, por lo menos, esperan sacarle la lengua a Romanones.

**

Y a propósito de idioma.

¿Han leído ustedes las mociones en que los concejales madrileños piden honores para Benavente?...

Lo menos que se debe hacer cuando se trata de honrar a un escritor, es escribir bien.

Pero, sí, sí. ¡Vaya una literatura municipal la de los tales documentos!

¡Aquello si que es «La prosa alegre y confiada»!...

**

Los electores del distrito de Las Borjas han venido a entregar al Congreso el acta del señor Maciá, y, de paso, a hacerse un película cinematográfica.

D. Melquiades está que bufa de envidia.

¡Lo que a él le hubiese gustado impresionar otra cinta, marchando al frente de sus electores!

¡Y lo bien que hubiese salido con su corbata de lazo y su bigote característico!...

¡Charlot, clavado!

**

En la Exposición Villegas.

Dos pintores maldicientes dialogan ante los lienzos del «Decálogo».

—Aquí falta un *mandamiento*—dice uno de ellos.

—¿Cuál?—contesta el otro.

—El *mandamiento*... judicial de desahucio, ordenando desalojar el salón.

Luis de Tapia

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

Un artículo póstumo de Saint-Aubin

¿Que cuándo gané mi primera peseta? Es una pregunta de cosas acaecidas en días que ¡ay! se pierden en la noche de los tiempos.

Mi primera peseta, *mía*, vamos al decir, estaba unida a las otras cuatro de un duro en oro que me encontré al hacer prodigios de volteo sobre la barandilla del llorado Salón del Prado.

Los buenos seis u ocho años, que por entonces contaría, me aconsejaron invertir gran parte



D. Alejandro Saint-Aubin, ilustre periodista y pintor, fallecido el miércoles en Madrid.

de ese capital, para mí fabuloso, en cacahuets, torraos, castañas pilongas, queso manchego, y el resto, naturalmente, fué necesario invertirlo en abominable aceite de ricino.

Veamos ahora el primer negocio.

Ya era yo persona mayor entonces, tal vez había visto la nieve de caforce o quince abriles.

Al decir la nieve me refiero a la que aún conservan los picarochos de la Sierra en los días de la primavera, pues probado no está que nieva en todos los meses de abril.

Existía en la calle de Barquillo el local titulado Circo de Paul, donde más tarde se abrió la palestra para competencia de *cante jondo* entre el prestigioso señor Silverio y el rapazuelo llamado «El Canario».

Se celebraban entonces en dicho local unos estrepitosos bailes públicos, por los que habíase popularizado la cantata de

*No me laves a Pol
que me verá mamá
llévame a Capellanes
que estoy segura que allí nó va*

Un importante personaje, como que era nada menos que bastonero del baile, a pesar de su respetable diferencia en la edad, fraternizaba con el grupo que formábamos varios amigos, todos veteranos de unos tres lustros.

—¿Queréis que intentemos un negocio—preguntó cierta noche en que estábamos reponiendo fuerzas durante un descanso entre dos tandas formidables.

—¿Qué negocio?—preguntamos.

—Arrendar el guardarropa para el baile de sábado.

—¿Cuánto hemos de dar cada uno?!

—¿Somos? Tres... cinco... ocho... tantos. A dos duros.

¡Dos duros! En aquellos días para cualquiera de los mocitos de la reunión, la suma era costosa; pero el caso es que en el día señalado no faltó ninguno con los dos duros correspondientes; se cerró el trato e hicimos la empresa arrendataria para una sola noche, que fué verdaderamente esplendorosa en el negocio. Al liquidar repartimos a setenta reales, es decir, treinta de beneficio, que ya no recuerdo cómo los puse inmediatamente en circulación; pero de seguro no se invirtieron en queso manchego ni cacahuets.

Así gané mi primera peseta, que vino con seis cincuenta más a premiar la audacia de una gran aventura industrial.

Y ahora, querido Gómez Hidalgo, vaya un consejo.

Bien está que pregunte usted a todos el misterio de la primera peseta ganada; pero no se lance a descubrir el de la última gastada si no quiere oír horrores respecto de la rapacidad del Fisco, del precio de las subsistencias, del sinnúmero de salteadores que acosan al que asoma el canto de un duro, de la ruinosa volubilidad de las modas, de varias cosas más y de la fortuna que cuesta, a los que van, un billete para las corridas de toros.

A. Saint-Aubin

LOS PATRIARCAS ESPAÑOLES

Ante el «Decálogo» de Villegas

Imaginábamos que el maestro de «La Dogaresa» era ya, voluntariamente, un glorioso jubilado. Atento a la Dirección del Museo de Prado, con su distinción grave y correcta de señor villano rubio, lo veíamos, muy de tarde, en alguna solemnidad artística, y, frecuentemente, en nuestras visitas al Museo.

Recordábamos que, hace ocho o nueve años en su estudio del Pasaje de la Alhambra, nos enseñó algunos retratos de mujeres—el de una señorita, en la playa de Biarritz; el de la bailarina Pastora Imperio—; y ya, cuando nos despedíamos, con la melancolía del viajero que muestra, muy lejano, la tierra de promisión, nos indicó dos grandes lienzos abocetados, cuyas figuras migu-langescas, excitara profundamente nuestra curiosidad.

—Son apuntes para un «Decálogo» que me tienta como un ideal y me desespera como lo imposible. Probablemente no lo acabaré nunca.

Y he aquí que estamos viendo la obra acabada, con su Prólogo, ungido de gracia bíblica como un versículo del «Génesis»; con su Epílogo, alado y suave, como una Epifanía o como una oración.

Doce lienzos de tal intensidad emocional y de tan rara maestría en la ejecución, que son como un Zodiaco artístico y filosófico. Doce lienzos en que la gloria de Villegas surge, triunfante y veterana, con la robustez grave de una matrona y las espléndidas fatigas de un otoño...

Esta profunda sensación de plenitud en el trabajo y en la gloria parece tremolar sobre los maestros españoles como una bandera; la bandera que nuestra juventud triunfante debiera enaltecer y amar. ¿No estamos ante un raro nacimiento de cabezas blancas, de patriarcas españoles? Cuando Galdós, en esta mi ma temporada, estrena obras como *Sor Simona* y escribe artículos como las «Memorias de un desmemoriado», en *La Esfera*, muy superiores a cuanto escribió jamás; cuando vemos que la condesa de Pardo Bazán, tras de escribir profusamente cuentos y crónicas de una amenidad insuperable, extiende aún su pasmosa actividad intelectual al Consejo de Instrucción pública, a la Universidad y al Ateneo; cuando el «home» tranquilo y grave de Palacio Valdés se altera con las emociones de una aventura periodística ¡a los sesenta y tantos años!, y cuando a los sesenta y